REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. García Monge.

Vol. II | San José de Costa Rica, Martes 1º de Febrero de 1921 | Nº 12

CARL SANDBURG

Un poeta socialista norteamericano

Como las procelarias, entre las aves, hay entre los hombres almas de tempestad; las que se solazan en mitad de las tormentas o sobre los vórtices, y las que se ciernen en la traidora tranquilidad del seno donde se incuban. Son estas últimas, aves de augurio, nacidas en Aeolia, patria de las procelas, según el verso de Virgilio, aquellas que adelantándose a sus propios días alzan su canto entre los hombres para no ser comprendidos sino a medias. La historia de Rusia durante los dos últimos años es quizás el mejor comentario que pudiera hacerse a las narraciones de Máximo Gorki, escritas en los cinco últimos lustros. Creíamos comprenderlas, nos parecían a ratos banales, en ocasiones líricas; pero ¿quién las juzgó proféticas? Tal vez sólo el *Canto del Petrel* era demasiado expresivo como símbolo para no considerarle un vaticinio. El gran oso parecía dormir pesado sueño invernal y no escuchaba el grito del petrel. Ahora, en la plenitud del vértigo revolucionario, el ave augurraria está silenciosa, escuchando el rebramar del huracán.

¿Es de pronóstico la voz de Carl Sandburg? ¡Quién lo sabe! Por ahora nadie se atrevería a afirmarlo, como nadie fué osado a decirlo de Gorki dos décadas hace. El libro de este poeta, *Poemas de Chicago*, insinúa y sugiere, pero sus acentos no son de clamor. Hay en él robusta fuerza contenida. Es un revolucionario estático; está ceñido con invisibles ataduras al presente, hacia el cual mira con la fría altivez de quien sabe que pasará. Este presente en los Estados Unidos es demasiado formidable para que no se sientan los más de los hombres tentados a considerarle como definitivo y eterno. Y sin embargo un idealismo incontrastable está trabajando. Y el idealismo tiene la divina impotencia del águila: no puede mirar hacia tierra, a la vez, con sus dos ojos; mientras el uno hinca su luz en el suelo abarca el otro un vasto lienzo azul.

Wilson, en esta hora que fluye hacia el esplendor de la gloria, es el ojo prendido del azul. Culminación, pero no excepción, es Wilson, porque otros eximios entendimientos le comprenden y le siguen. Y él, que así lo siente, afirma, cuando ha pronunciado sus más fervorosas alocuciones en defensa de un alto ideal humano, que habla en nombre de la nación que representa. Es demasiado violenta la palpitación del idealismo norteamericano para no escuchar su diástole en el pecho de sus más gigantescas empresas de los momentos actuales. El Estado avanza hacia las fronteras de una transformación social y política de las más graves consecuencias. La democracia norteamericana está a punto de dar un paso hacia adelante, la estatización de los servicios públicos, la socialización del estado, el reconocimiento de la política como servicio organizado en pro de todos los intereses del pueblo, así los de orden superior como los de carácter material. No hay una obra esencialmente humana, desligada de todo interés individual, a que no preste su concurso de acción y de caudales la nación norteamericana. En ninguna parte de la tierra los hombres se desprenden más fácilmente de su oro, en grandes sumas, para mejorar servicios públicos o fomentar empresas de humanitario auxilio o promover la investigación científica o consolidar la paz del mundo, que en los Estados Unidos de nuestra época. Un interno fuego de idealismo está fundiendo los más puros metales de este pueblo para los más altos fines de la historia que va desenvolviendo en estos días la secreta sabiduría del destino.

Porque comienza un mundo nuevo. Hay mucho que se ha consumido para siempre en el incendio de Europa, no extinto aún. La resurrección de todo cuanto se hundió en 1914 es un cabal imposible. Se ha intensificado la inquietud social. No por un esfuerzo concordante de la filosofía, sino por el contacto comburente de los hechos, de las necesidades. Así, pues, un poeta socialista en esta nación no es necesariamente un fruto de la filosofía social de Europa, sino del conflicto de la vida que ha creado la organización presente, fuerte y rica, en lucha con un ideal superior de felicidad nacional, ya que la fuerza y la riqueza por sí mismas no constituyen la esencia de la dicha de un pueblo. La vida de Carl Sandburg ha sido de fatiga y de combate, con luchas increíbles para quienes no se hayan familiarizado con las violencias y las oportunidades venturosas de las grandes ciudades. De origen sueco, nació en el pueblo de Galesburgh, de Illinois, en 1878. Por muy poco tiempo concurrió a la escuela y a los trece años, urgido de la miseria, principia su peregrinación a través de las humildes actividades de la ciudad. Comienza por correr como ayudante en un vagón de lechero durante las madrugadas. De allí pasa a mozuelo de barbería y luego de teatro para cambiar los títulos de las escenas y finalmente entra en una ladrillera. En todas estas experiencias han trascurrido cuatro años de su vida y al cumplir los diez y siete es todo un lava platos en Denver y a continuación en Omaha. Aquí le encuentra la guerra de Cuba. Se alista; experimenta las fatigas de la breve campaña y regresa con cien dólares en el bolsillo a Galesburgh en donde se apresura a inscribirse en el Colegio Lombard con el propósito de prepararse para ingresar en West Point. Aquí se le rechaza; las matemáticas son esenciales y Sandburg no las posee en la extensión que allí se exige. Retorna al Colegio Lombard como portero de la institución. Pero un portero que se interesa por los problemas económicos y sociales. El socialista está en incubación y sus caracteres de tal se ponen en evidencia cuando en 1907 y 1908 se encarga de la organización del partido demócrata socialista en el estado de Wisconsin. De entonces a la fecha ha trabajado en esas actividades de índole política y ha escrito narraciones. En 1914 la revista *Poetry* publicó su poema *Chicago*, al cual se discernió el premio que anualmente se confiere a la mejor poesía del año. En 1916 se publicó su libro *Chicago Poems*.

Este es el libro que le asegura una nombradía en las

letras norteamericanas. Hay en él las lejanas resonancias de Whalt Whitman. Los motivos de sus poemas se han elegido, en los más de los casos, siguiendo la manera del gran poeta. Esto quizás resalta en el poema premiado: Chicago es la vasta ciudad de hombros amplios, la gran constructora de herramientas, el colosal matadero del mundo, la que juega con los ferrocarriles y maneja todos los fletes de la nación. Se dirá de ella que es perversa, malhechora y brutal; pero cualesquiera que sean las tempestades que se agitan en su seno, bajo el humo y el viento y el polvo, Chicago sabe reir y ríe siempre. Desde los primeros acordes se siente la música de Whitman, la armonía mental, porque el ritmo de la palabra dentro de la cláusula es mucho menos evidente. Y hasta en esa forma de trascribir sus versos Sandburg no se aparta del autor de *Briznas de césped* (Leaves of Grass). Sólo que Whitman, por su intenso poder de simpatía, por su visión de lo universal a través de las cosas, fué gigantescamente humano. Sandburg es socialista. Esa es su limitación. Así un día ve las montañas y se asombra; ve el mar y calla; las estrellas, desde la pradera, y se llena de pensamiento; ve grandes hombres, soldados, obreros, madres, niños, y advierte una solemne vibración en todos ellos. Otro día ve a los pobres y les halla más pacientes que las montañas, que las estrellas, que las mareas, les ve innumerables y pacientes como la oscuridad de la noche, todos rotos; son los despojos, las ruinas humildes de las naciones.

Las escenas de la ciudad se sienten a trasluz de sus poemas: los rostros soñolientos en los trenes, las mejillas flácidas del cansancio, la precipitación en las estaciones y las calles a la hora de las comidas, los ruidos innumerables de las esquinas. El carretonero que se llevan preso piensa con melancolía, no en el hogar, no en la amante, no en los hijos, sino en el tumulto de las calles, el resonar de las ruedas y de los cascos de los caballos y de los arneses y en el silbar del pito del policía que rige el tráfico; a todo eso es a lo que debe decir adiós.

Su socialismo aparece por donde quiera; pero con una acentuación sugestiva más bien que provocativa. Algunas veces con terrible o con profunda ironía.

En *Ana Inroth* hay más bien sarcasmo:

Crúzale las manos sobre el pecho—así.
Enderézale las piernas un poco—así.
Y llama el carro para que la lleve a su casa.
Llorará un poco su madre, y sus hermanas y sus hermanos.
Todos los demás bajaron y están en salvo,
y ésta es la única muchacha de la fábrica
que no tuvo suerte al saltar cuando estalló el incendio.
Es la mano de Dios, y la ausencia de escapes de incendio.

Leed *Clavos de plata:*

Un hombre fué crucificado. Vino a la ciudad como extranjero.
Le acusaron, le crucificaron y él reía ante la multitud;
«Sois miserables. En mi patria se crucifica con clavos de plata,
éstos son de hierro». Y seguía mofándose.
Al principio no le comprendieron. Luego hablaron de él
en cantinas, iglesias y vestíbulos. Les vino la idea
de que cada hombre es crucificado sólo una vez en su vida,
y que la ley de la humanidad obliga a emplear para ello clavos [de plata.
Erigiéronle una estatua en una plaza pública.
Y como ni siquiera habían conservado su nombre
en ella le llamaron Juan Clavos-de-plata.

¿No es ésta la permanente crucifixión del hombre que trabaja hora tras hora por las pocas monedas de plata con que se le fija a las máquinas de la fábrica o al escritorio, mientras no tenga él tesoros bastantes para crucificar a los demás? Se hace más manifiesto su descontento social cuando delante de la estatua de bronce de un general expresa su anhelo de romperlo todo y arrojarlo al solar de los desperdicios, porque mientras los agricultores, los mineros, los tenderos, los fabricantes, los bomberos y conductores de carros, todos los cuales trabajan en la alimentación del pueblo, no tengan estatuas en ese mismo parque no deben tenerlas los que conducen el pueblo a los campos de la matanza.

Esperanzas de revolucionario se vislumbran en *Yo soy el pueblo*:

Yo soy el pueblo, la muchedumbre...
Yo soy el auditorio que presencia la historia.
De mí surgen los Napoleones y los Lincolns.
Y mueren. Pero yo doy más Napoleones y más Lincolns.
Yo soy la sementera.
Terribles tempestades pasan por encima de mí y
yo olvido. Me sacan lo mejor de mí y lo desperdician.
Yo olvido. Todo, menos la muerte, viene a mí
y me hace trabajar y entregarle cuanto tengo. Yo olvido.
A veces me agito, rujo y esparzo algunas gotas de sangre
para que la historia recuerde. Yo olvido.

Pero cuando yo, el pueblo, aprenda a recordar;
cuando yo, el pueblo, aprenda a aplicar las lecciones
del ayer y no olvide más a quien me robó el año anterior,
ni al que ayer se mofó de mí, ¡oh! entonces
nadie pronunciará con escarnio la palabra pueblo.
La masa, la muchedumbre habrá llegado.

Ni falta el contraste lleno de gracia como en *Hijo de los romanos:*

El bronceado palero, sentado al borde de la línea férrea,
come su fiambre de medio día.
Un tren pasa y hombres y mujeres, sentados a las mesas,
ornadas de rojas rosas y de juncos, comen sus asados
cubiertos de salsas, sus fresas y cremas,
sus pasteles y su café.
Concluye el palero su fiambre de seco pan,
se sirve un trago de agua que le brinda el muchacho aguador
y vuelve a la segunda mitad de sus diez horas de trabajo diario
para mantener el lecho de la vía férrea
en forma que las rosas y los juncos
apenas se muevan en los vasos de cristal
que se alzan altivos y frágiles
sobre las mesas de los carros comedores.

Ni la nota amenazante y sombría como en *La verja:*

Se ha concluido la casa de piedra, junto al lago,
y los obreros comienzan la verja.
Son los barrotes de hierro, con puntas de acero
que pueden rasgar los cuerpos de los hombres
que pasen por encima.
Como verja es obra maestra que impedirá llegar
a las muchedumbres, a los vagabundos y los hambrientos,
a los niños ociosos que buscan un espacio para jugar.
Por entre los barrotes de hierro y sobre las puntas de acero
nadie podrá pasar,
salvo la Muerte, y la Lluvia, y el Mañana.

La visión puramente poética, desprendida de sus intenciones tendenciosas no es frecuente en la poesía de Sandburg; pero en las ocasiones en que aparece dejan comprender la existencia de un sentimiento profundo. Hay delicadeza en esta aparición del barco perdido:

Desolado y solitario,—toda la noche sobre el lago—
donde la niebla se arrastra y repta la neblina—con la sirena el barco—
clama y grita interminablemente
como un niño perdido—en lágrimas y angustia—
en busca del regazo de la bahía—y de los ojos de la playa.

En la poesía que titula *Los rascacielos* el tono general es de Whitman: durante el día los rascacielos tienen un alma, el perpetuo movimiento de los elevadores, las cartas a través de los tubos, los alambres por donde suben y bajan los secretos, las palabras de amor o de terror o de ganancias, por donde llega la luz. Allí se mueven estenógrafos, jefes, allí llegan las cartas de todo el mundo.

Los rascacielos tienen un alma agitada durante el día. Cuando más tarde los pisos se vacían en las calles adyacentes, los corredores un instante solitarios van llenándose de voces extrañas, de lenguas distantes: son los que

limpian las galerías, paredes y muros. Luego los vigilantes recorren aquellos mismos sitios tanteando las puertas y las cajas y asomándose por las ventanas a mirar las estrellas. Durante las noches tienen una alma vigilante los rascacielos.

Aquí la forma de la cláusula y el tono general de la poesía trae de cuerpo entero a Whitman. La diferencia, como la indicaba antes, se halla en la mayor trascendencia mística del poeta de Camden. Y en la *Esfinge* vibra su mismo diapasón:

Así sentada, viste pasar cinco mil años
y nunca se te oyó ningún rumor.
Cerca de ti discurrieron procesiones
haciéndote preguntas a que respondiste siempre
con ojos que nunca pestañearon,
con labios que nada dijeron.
Soy uno de esos que saben
todo cuanto tú te reservas
y me guardo mis preguntas:
yo sé cuáles serían tus respuestas.

Y véase esta extraña simpatía: *Paralítico*

Ví una vez un paralítico
gastando los postreros días de su vida
con la plaga blanca, clamando por el aire,
mirando desde unas hondas cavernas en el rostro,
gesticulando con sus secas manos.
Y me dije a mí mismo que más valdría
ser un girasol en un jardín del campo,
alzando una cara de oro oscuro al sol,
lavada por la lluvia, entre amapolas,
admirando noche a noche
la luciente y silenciosa
procesión de las estrellas.

Junto con los *Poemas de Chicago* ha reunido otras breves colecciones, la más expresiva de las cuales es la que se titula *Poemas de la Guerra*. Allí están las sombrías reflexiones de quien a diario escucha los lejanos clamores de una selva de juventud arrebatada con violencia para lanzarla como paja al fuego, en el infierno de aquellos campos de batalla. Son diez y seis millones de hombres elegidos precisamente porque les brillan los dientes, les fulguran los ojos y tienen fuertes las piernas y fluye sangre ardiente en sus puños. Y el divino jugo rojo se derrama en ondas sobre los céspedes verdes y sobre la negra tierra. «No les olvido—dice el poeta—ni de noche ni de día. Están en mi memoria, pesan en mi corazón».

«Napoleón se removió—escribe Sandburg en su poema *Estadística*—en su sarcófago y preguntó: ¿quién va allá? El guarda le replicó: veintiún millones de hombres, ejércitos, soldados y cañones—veintiún millones—a pie, a caballo, por el aire y por dentro del mar».—Napoleón volvió a su sueño diciéndose: «No es mi mundo el que responde; es algún soñador que no conoce el mundo por donde yo pasé desde Calais hasta Moscovia».

Botones llama estas líneas: Sonriendo un muchacho —ante el mapa que está en la fachada—del edificio de un diario—remueve un botón una pulgada al oeste y luego otro botón, y ríe. ¿Cuántos hombres están ahora pidiendo agua, cuántos en agonía con la muerte en la garganta? ¿Cuánto cuesta mover un botón en el mapa?».

Deja asomar de nuevo un girón escarlata en la poesía *Y ellos obedecen:*

«Aplastad ciudades, derruid muros, y fábricas, y catedrales, y almacenes, y hogares, y amontonad todas esas ruinas: vosotros sois soldados y nosotros os mandamos.

»Erigid ciudades y muros de nuevo, levantad catedrales, almacenes y hogares para el trabajo y la vida: sois obreros y ciudadanos; nosotros os mandamos».

En todo este libro de poesía la nota amorosa se oye muy rara vez. La simpatía con la naturaleza y con los hombres es permanente; el misticismo social, que es de esencia amorosa, yace en el fondo de las concepciones del poeta; pero no se escucha el canto de amor. El único poema en donde se revela esa ansiedad dice: «Hombres-dioses que al mundo imponéis vuestras órdenes, dadme, dadme pobreza, hambre y dolor; cerradme las puertas del oro y de la fama, pero dadme un poco de amor, una voz que me hable en la tarde, una mano que me acaricie en la sombra y que rompa mi soledad».

Los problemas sociales se han llevado la parte del león en el libro. Los cuadros que pinta son exactos y animados de una poderosa vida, cuya interior urdimbre se halla vibrante de simpatía. Crecido en el estruendo de la batalla de estas formidables ciudades, deja advertir en sus versos sin melodía resonancia de rieles y ruedas de carros, tumultos de transeuntes al llegar y partir de los trenes en las horas de las avalanchas humanas. Es indómito y no acepta explicaciones acerca del estilo. «Idos —dice—con vuestra charla acerca del estilo. No podéis decir en donde un hombre adquirió su estilo, como no podéis decir endonde la Pawlowa consiguió sus piernas, ni Ty Cobb sus fulgurantes ojos. Idos y hablad entonces. No me quitéis mi estilo. Es mi rostro. Puede no ser hermoso—pero, de todos modos, es mi rostro. Matad mi estilo, y habéis roto las piernas de la Pawlowa, y cegado los ojos de Ty Cobb».

En ocasiones he creído hallar un lejano sentido simbólico en este poeta. Quizá sólo sea que describiendo las cosas del Universo, desde un punto de vista muy humano, el prodigioso símbolo que es el Universo, se refleja con viveza en la poesía de Sandburg. El poeta es como un estado de conciencia del mundo.

R. Brenes Mesén

New York, 1919.

UNA NOTA DE ACTUALIDAD

Nº 156.

San José, 14 de junio de 1918.

Sr. Jefe de Educación Primaria

S. O.

OÍDAS las aclaraciones que acerca de la circular Nº 7, de fecha 5 del mes que corre se sirvió Ud. expresarnos en la entrevista celebrada el 10 del presente, pasamos, con el mayor agrado a darle algunas de las apreciaciones que en punto a programas y líneas generales de nuestro trabajo, muy someramente tratamos en el día de la citada entrevista.

Fué primordial propósito de esta Inspección de Escuelas inspirar la labor del presente año lectivo en las tendencias que abarcan los nuevos programas de Educación Primaria en vigencia, tratando de dar lleno a cuantas sugestiones y trabajos concurrieran a imprimir nueva vida a nuestras escuelas;

porque apreciamos en la obra en cuestión el medio de llegar a acercarnos a lo que todos conceptuamos un ideal en este orden de cosas: la supresión de todo programa que no sea aquél que cada maestro formule en presencia de cualquier grupo de alumnos que se le encomiende en vista de un definido objetivo educacional, previos los estudios que de esos alumnos debe hacer y valoradas las circunstancias y condiciones en que el trabajo ha de realizarse;

porque vemos un decidido empeño de respeto y exaltación de la personalidad del maestro que revela por los esfuerzos y los hechos poseer en sí el germen de un superior deseo de servicio y de cultura;

porque en el ancho campo que ella nos ofrece se medirán por sí mismas las vocaciones. Dentro del régimen contrario, es decir, en aquel que se cierre al maestro a toda iniciativa con disposiciones, órdenes, limitaciones y fiscalización personal y de ningún estímulo, no podríamos juzgar con acierto de las capacidades de educador que posee cada una de las personas docentes al servicio de las escuelas;

de donde seguimos que todo juicio que al presente diéramos para señalar quiénes pueden y quiénes no pueden llevar a la práctica estos programas resultaría, por falta de experiencia, completamente infundado.

Nos hemos hecho también estas reflexiones: si entramos con fe en el trabajo que impone la comprensión, preparación y desarrollo de los programas (en lo que a nosotros concierne), creemos de todo punto indispensable respetar lo que llamaremos el *ambiente* dentro del cual habrán de tomar vuelos las sugestiones en ellos contenidas y plena vida la finalidad educativa que la obra encierra.

Así conceptuamos condiciones infaltables de ese ambiente: la flexibilidad del tiempo lectivo y de los horarios de clase: la correlación de materias y motivaciones consiguientes: la ejecución de los proyectos: la fundación de clubs, alianzas, sociedades y bibliotecas escolares: la formación de jardines (en donde fuese posible): la frecuencia de las asambleas y audiciones musicales: el establecimiento de los concursos de todo género, etc., ya que con la oportunidad de esa serie de trabajos encontrarán natural aplicación para cobrar vida muchos, pero muchos de los puntos concretos que se señalan en todas las actividades que comprenden los programas, motivándose de hecho sus estudios. Todos ellos forman parte, por decirlo así, de un organismo escolar allí ampliamente concebido al que se liga estrechamente la obra de educación contemplada. A la vida y a la armonía de la obra debe condicionarse el ambiente. Admitir lo contrario sería dar nacimiento a otra obra específicamente distinta de la que se intenta vivir, lo que equivaldría a dejar la primera y a suspender el esfuerzo por aquilatar sus bondades en la realidad de los hechos y en el tiempo necesario para madurar sus frutos.

Por otra parte es natural, y de lo anterior se desprende, que hemos de asistir a un cambio en la forma de trabajo escolar: integral desenvolvimiento del niño por medio de su trabajo personal y bajo la dirección del maestro. Este procedimiento por el cual se ponen a contribución las diversas potencialidades del alumno, permitirá llevar a cabo una más amplia e intensa labor, en grado más natural y espontánea que la realizada hasta hoy, y que contaba de primero con la actividad agotadora del maestro, con resultados muy en desarmonía con el empeño y buena fe puestos por él, en presencia de una casi absoluta pasividad de sus discípulos.

Todo educador que se ponga en este camino encontrará a sus orillas encantos no apreciados aún, sintiendo al mismo tiempo una invitación constante a procurar su autocultura, que alcanzará en las fuentes mismas de su observación y en la frecuencia con que se ponga en contacto con la naturaleza y con los libros, cuyas amistades tanto se recomiendan en el texto mismo de los programas; así concebido un educador participará menos de las actividades del *instructor* que del *director* de conciencias y de inteligencias que es a lo que se aspira y a lo que se llegará si todos aunamos nuestros esfuerzos y voluntades.

Se trata de que la vida inunde la conciencia de la escuela a fin de que esa misma vida refluya en su necesario e indispensable desenvolvimiento. Como organismo debe ser sensible a toda influencia externa y de consiguiente reaccionar con elementos mejorados en la comunidad en cuyo seno alienta vida, acumula, crea y esparce civilización.

Lo anterior supone un trasplante de las actividades comunales al terreno de la escuela, con cuyo hecho se da una mayor extensión al concepto de educación que llama al maestro a fijar su atención en muchos aspectos de la vida, inadvertidos por su propósito educativo. Por otro lado el alumno encontrará en el plantel escolar todo lo que fuera de él podría servir a su vocación pudiendo fabricar en este medio, por sus propias manos, su destino, al recibir una más eficaz preparación para la vida, de que tanto nos hemos enorgullecido en épocas anteriores pero empleando medios en oposición con el ideal concebido.

Lo anteriormente expuesto encierra siempre a grandes rasgos la calidad del trabajo que se tiene en mente realizar; ahora en cuanto a la cantidad podríamos adelantar a Ud. estas opiniones únicamente restringidas por las circunstancias imprevistas dentro de las que correspondiera terminar el presente curso lectivo y de las que ya tenemos una: la insalubridad reinante entre la población infantil.

1º—Habrá de parte de directores y maestros un trabajo de comprensión, de preparación (lecturas, informes de fuentes que sirvan a los propósitos que se abrigan para el adelanto de cada sección, la consulta, etc.), que traerá por natural consecuencia una más intensa actividad que refluirá benéficamente en los niños y en la escuela en general.

2º—Una mejor preparación, una más amplia cultura del maestro en cuantos ramos pueda alcanzarla hace pensar en un mejor criterio para juzgar y dirigir con más acierto y claridad la tarea emprendida.

3º—Una mejor delineada personalidad del maestro, como queda dicho, lo llama a una más comprendida liberalidad de su trabajo y contribuye a dar un mejor sentido a la responsabilidad de sus actos de educador consciente.

4º—En cuanto a asignaturas y extensión de las mismas apuntamos este

hecho: en nuestras conversaciones hemos encontrado de parte de los maestros comprensión clara en Matemáticas, Castellano, y Educación Moral—sintiéndose en muchos casos con deseos de ampliar la primera en consonancia con la cantidad de materia que el programa pide.

En el caso muy extremo de que sólo los ramos apuntados fuesen inteligentemente desarrollados, puede Ud. dar por logrado el presente curso lectivo. A esto habría que agregar lo que es muy posible hacer, por poco que sea en las demás asignaturas, sin excluir las especiales.

En cuanto a grados conceptuamos que el primero, y eso es natural, alcanzará desarrollo completo. Los otros lo serán en la medida de la preparación recibida por los alumnos que hoy forman esas secciones, indispensable base de la cual hay que partir en este año como en años venideros.

Esto y algo más tenemos fe en conseguirlo apesar de las dificultades que pudiera ofrecer el infiltrar en el ánimo del personal, con la libertad que los mismos principios de la obra piden, el ideal de educación que se sustenta y la forma de trabajo que debería adoptarse para darle cima.

Para terminar, pláceme manifestarle que acorde este modo de pensar con las últimas palabras expresadas por Ud. en la entrevista que aludimos en los primeros renglones de esta nota, aceptamos con gusto en el mismo grado en que se nos concede libertad de acción la responsabilidad que aparejan los trabajos que, como el esbozado, tiendan a ir imprimiendo un sello natural, espontáneo, sincero y liberal a los derroteros de nuestra educación nacional.

Siempre agradeciendo a Ud. la fineza con que se ha servido escuchar nuestras palabras, tenemos el agrado, una vez más, de suscribirnos de Ud. muy atentos servidores

ESTHER DE MÉZERVILLE

JOSÉ GUERRERO

Inspectores de Escuelas.

UNA ESCUELA MODELO

LICHTERFELDE es una pequeña población de la provincia de Brandeburgo, en Prusia. Situada en la línea férrea de Berlín a Postdam, el viajero pasa indiferente ante ella, porque las guías del turismo no la señalan con otra particularidad que la posesión de una escuela militar y de una sinagoga. Sin embargo, en la modesta urbe prusiana viene funcionando desde hace catorce o quince años uno de los establecimientos docentes más interesantes del mundo: la «escuela instintiva» del doctor Berthold Otto, a la que se refieren las adjuntas ilustraciones.

En esa escuela, constituída bajo el principio de la libertad más absoluta, hallan los niños, por virtud del propio instinto, la instrucción más conveniente a sus especiales aptitudes. El doctor Otto no sólo es adversario de la instrucción obligatoria, sino que ni admite siquiera un plan general docente. Los profesores tienen por único deber observar con atención los gustos instintivos de cada alumno, estimulando el desarrollo de los mismos, o, en otros términos: el maestro no enseña las ciencias; auxilia al educando en la apropiación de los conocimientos especiales en la medida que exigen las facultades del individuo.

La escuela, cuyas clases suelen tener por escenario el bosque inmediato al edificio, es como una prolongación del hogar. Cotidianamente acuden a ella hasta medio centenar de niños y niñas (desde la edad de seis años hasta la de la adolescencia), y acomodándose en torno de una mesa, inician una amable conferencia. El alumno que se ha presentado el primero tiene derecho a abrir el debate. Este versa sobre algún hecho en que ha intervenido el orador o acerca de alguna materia aprendida en un libro, pudiendo hacer el profesor a sus discípulos las preguntas que tenga por conveniente. Síguese una discusión sobre el tema propuesto, asumiendo el profesor las mismas funciones que el presidente de una asamblea deliberante.

Su principal cuidado ha de ser que el debate revista bastante interés general, encauzándolo hacia la ciencia especial que trata del problema sometido a estudio. De esta suerte se pone al servicio de la instrucción la vida diaria de cada alumno, estimulándose la aptitud de juzgar de las cosas y de ahondar en su espíritu. Revélase así más fácilmente la verdadera vocación del niño, como sus inclinaciones naturales, y una vez discernidas éstas con toda precisión, da comienzo la enseñanza especializada por grupos afines en gustos y tendencias.

Las clases no duran más allá de media hora, siguiéndolas un descanso de veinticinco minutos durante el cual los alumnos juegan o conversan libremente. Abolido en absoluto el arcaico sistema del castigo impuesto por el profesor, establécese desde el principio una fraternal camaradería entre el que enseña y el que aprende. Toda la disciplina del establecimiento está en manos de los mismos escolares. Cada semestre se elige un tribunal entre los alumnos, constituídos por un juez superior, dos auxiliares y tres suplentes. Cuídase especialmente de que formen siempre parte del tribunal tres niños y tres niñas. Acusador, acusado y testigos comparecen ante sus juzgadores y, examinado el asunto, falla el tribunal, imponiendo las penalidades correspondientes o absolviendo al acusado, según resulte del acto del juicio. La pena más temida por los niños es el alejamiento de la escuela durante un tiempo determinado.

La institución docente Berthold Otto es visitada todos los años por numerosos pedagogos extranjeros, que hallan en ella indudables ventajas sobre los rutinarios sistemas en uso. Del interés que despierta en todo el mundo esta escuela de Lichterfelde, habla el hecho de haber sido presenciados sus cursos, a partir del año 1906, por más de 3,000 personas, especialmente dedicadas a los problemas pedagógicos. ¡Qué grata ha de ser, en efecto, la contemplación de este espectáculo único del niño, que da sus primeros pasos en la vía de la ciencia, en libre contacto con la Naturaleza, sin coacciones que embaracen o tuerzan sus inclinaciones, guiado amorosamente, paternalmente, por la experta mano del maestro, que ya no sostiene, amenazadora, la temida férula del *dómine* clásico, sino la antorcha luminosa del saber.

(*La Esfera*.—Madrid).

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

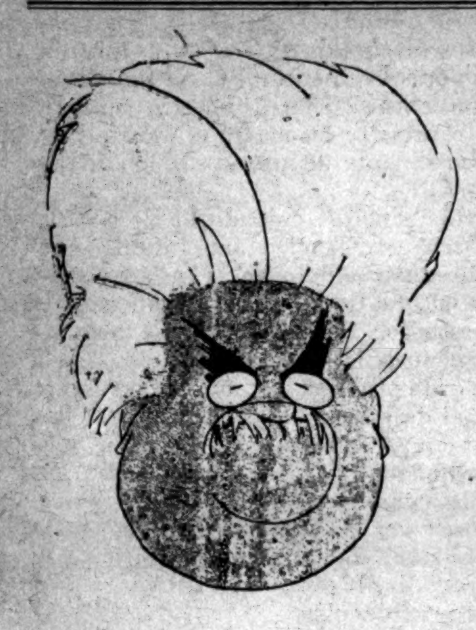
ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

EL SUCESOR DE WILSON

Instinto de conservación



ALEXANDRE MILLERAND

(Caricatura de GARCÍA CABRAL —*Excelsior*.—México).



WARREN G. HARDING

(Caricatura de GARCÍA CABRAL.—*Excelsior*.—México).

Los Estados Unidos ascendieron a la alta categoría de pueblo-guía en los días más difíciles de la guerra europea. Pudieron entonces haberse abstenido, como España, y seguir desenvolviendo su inusitada y egoísta historia local. Intervinieron, más que por propio impulso, por estímulo del hombre que tenía entonces la más elevada representación política. La voz de ese hombre dotó de sublimidades evangélicas la intervención norteamericana. En la guerra hubo los pueblos mártires: Bélgica y Servia; los pueblos héroes: Francia; los pueblos-guías: los Estados Unidos adquirieron en esta significación la más encumbrada jerarquía.

Terminó la guerra y estos pueblos no supieron mantener en las horas serenas de la paz la autoridad moral que lograron en las horas tormentosas de la lucha. Unos de ellos se embriagaron con el vino de la victoria: otros, sólo pensaron en sus dolores y en sus odios; otros volvieron los ojos a sus intereses materiales y concentraron en la defensa de ellos las energías que antes habían consagrado a empresas de mayor generosidad. Los Estados Unidos fueron de estos últimos. Wilson, conociéndose, tuvo la infantil ocurrencia de venir a Europa y cometió el pecado mortal de ocupar un puesto en la mesa donde se laboró el Tratado de Versalles. John Maquard Keynes, en su libro sobre *Las conveniencias económicas de la paz*, nos habla de la situación de Wilson en las reuniones de los Cuatro. «Conocía escasamente los problemas de Europa —dice Keynes,—no tiene la agudeza espiritual de Lloyd George ni la energía de Clemenceau. Así, día tras día, semana tras semana, él se dejó encerrar, sin ningún socorro, sin ningún consejo. Quedó solo, con hombres más sagaces que él, en circunstancias infinitamente difíciles en las que él necesitaba para triunfar, medios, imaginación y conocimientos de toda suerte». Por haber advertido los Estados Unidos el vencimiento de Wilson o por sentida oposición a las doctrinas wilsonianas, lo cierto es que los Estados Unidos recusaron a su Presidente y se manifestaron en contra de una acción conjunta con los pueblos de los otros continentes. Del mismo modo que Francia, los Estados Unidos dejaron voluntariamente de ser en la Historia un pueblo-guía. Renunciaron deliberadamente al ejercicio de la alta magistratura que les había otorgado el consentimiento universal.

Las pasadas elecciones presidenciales colocaban a los Estados Unidos en la situación de poder rectificar su camino. Estaban en pugna tres tendencias: la de Harding, la de Cox, y la de Debs. Harding significaba el retorno al monroismo, a la historia local, al nacionalismo: el olvido de las enseñanzas y los ideales de la gran guerra; el apoyo al viejo capitalismo del siglo XIX; el andar como se andaba antes de 1914; el vivir como si no hubiera acontecido ni aconteciera nada en el mundo. Cox simbolizaba, más que la continuación, la consolidación de la doctrina wilsoniana; la participación de los Estados Unidos en la Liga de las Naciones; un nuevo liberalismo, consubstancial con el que el profesor inglés Ramsens Muir expone en un libro, que señala como libro de texto, a los rivales de su país; un paso adelante, apoyándose en las responsabilidades políticas y en los deberes morales que los Estados Unidos contrajeron en la guerra europea. Debs, preso, o por delito de inteligencia o condenado a diez años de reclusión en el presidio de Atlante, Estado de Georgia, era el candidato socialista: representaba la incorporación de los Estados Unidos a las nuevas democracias que en unos países han conquistado ya el Poder; que en otros luchan por moverló y sostenerlo; que en todos los países son el cimiento firme de la sociedad futura. Los escasos votos que Debs ha obtenido, la derrota de Cox y el triunfo de Harding descubren cuáles son los afanes actuales del pueblo que brilló con luz maravillosa durante algún tiempo, y que fué el hito ideal donde convergieron en admiración y devoción las esperanzas más nobles de las cinco partes del mundo.

Harding en la Presidencia de los Estados Unidos equivale a decir que los Estados Unidos no sólo se desentienden de las responsabilidades que contrajeron con la guerra, sino que los Estados Unidos renuncian a realizar en su propio territorio los ideales que alumbró o avivó la guerra. No sólo significó que los Estados Unidos están contra Cox, que representa la unión de las naciones, sino que están contra Debs, que representa la transformación de las naciones. ¿Qué trascendencia tiene este acto? Una trascendencia semejante a la que tuvo la elevación de Millerand a la Presidencia de la República francesa. Millerand despierta, tal vez sin proponérselo, la necesidad de las antiguas alianzas militares, de las alianzas que parecían definitivamente aunadas al nacer la Liga de las Naciones. Una de estas alianzas la constituirán seguramente Inglaterra, Alemania, Italia y el Japón; otra alianza llegarán probablemente a formarla los Estados Unidos y Francia. Millerand enseña, por otra parte, que las transformaciones sociales, estas transformaciones que se reclaman con impulso violentísimo y con necesidad apremiantísima, si quieren producirse ha de acudirse a los procedimientos revolucionarios, procedimientos a los que él opondrá toda la fuerza del Estado que regenta. Francia y los Estados Unidos son los pueblos que pusieron el alma en la guerra para llegar a una *post-guerra* que fuese el fin de to-

dos los motivos que habían desencadenado la guerra. Francia con Millerand, y los Estados-Unidos con Harding, borran la significación que tenían y dejan de ser sobre el mapa del mundo focos luminosos hacia donde volver los ojos y dirigir los caminos de redención.

Es un dolor lacerante para todo espíritu liberal ver cómo los Estados Unidos y Francia, las dos grandes Repúblicas, las viejas y ejemplares democracias, simbolizan hoy un egoísta y materialista instinto de conservación.

MARCELINO DOMINGO

(*España*.—Madrid)

EN HONOR DE CHOCANO

APENAS se supo en París que el nuevo gobierno de Guatemala iba a condenar a la pena capital a José Santos Chocano, una espontánea y general corriente de simpatía se tradujo en artículos entusiastas sobre el genial cantor de América. Dos diarios franceses, *Le Figaro* y sobre todo *L'Evénement* que tan brillantemente dirige nuestro querido amigo Montarroyos, se hicieron eco de la unánime inquietud, enviando al Presidente de Guatemala su cordial mensaje de adhesión al poeta.

Sin discutir los errores de Chocano, que un finísimo escritor guatemalteco nos refirió con una llama de indignación en los ojos, nosotros sólo quisimos acordarnos de que peligraba una existencia ilustre y de que las enconadas pasiones de cuartel podían extinguir el acento del más armonioso clarín del Continente. Parece además importuno querer medir con la moral de todos los días a los divinos irresponsables del verso; y culpa nuestra será siempre si, olvidando las precauciones de Platón, no sabemos alejarlos del gobierno sensato de la República y los nombramos, como en Guatemala, coroneles.

América-Latina ignora deliberadamente los cargos hechos por el tribunal de aquel país al Coronel José Santos Chocano para sólo recordar lo que el Perú y América deben a su altísimo poeta. Por eso esta revista patrocinó en seguida la idea del telegrama de los escritores hispanoamericanos de París que emitiera el distinguido periodista Rey de Castro y nuestro Director, el señor García Calderón, rogó al príncipe de los poetas franceses que enviara un mensaje de simpatía. Copiamos a continuación ambos documentos que telegrafió nuestra revista a Guatemala. Entre los firmantes figuran tres ministros hispanoamericanos pero sólo en su calidad de escritores eminentes.

Presidente Guatemala,
Guatemala.

Noticias Guatemala hacen temer por vida Santos Chocano. Escritores hispanoamericanos de París intercedemos efusivamente por libertad del más grande poeta América.

MARIANO H. CORNEJO, LUIS ANÍBAL FALCAO, FRANCISCO Y VENTURA GARCÍA CALDERÓN, J. GIL FORTOUL, GRACA ARANHA, RICARDO GUIRALDES, E. LASCANO-TEGUI, CARLOS MADARIAGA, ANDRÉS MATA, E. MONTARROYOS, ORTIZ ECHAGÜE, ALBERTO J. PANI, ALEJANDRO SUX, L. VARELA ORBEGOSO, A. DE VILLEGAS, C. REY DE CASTRO, GONZALO ZALDUMBIDE, A. ZEREGA-FOMBONA.

Telegrama de Paul Fort que trasmitió nuestra revista al Presidente de Guatemala.

Pornic. 924 67-19-15 h. 35.

Je joins mes supplications a celles ce tous les poetes francais. Il est impossible que le Guatemala si eclaire pays que nous aimons assume une telle responsabilite celle de rendre compte a l'univers pensant de la vie du grand poete Chocano honneur de l'Amerique Espagnole & qui appartient au monde entier

PAUL FORT

(TRADUCCIÓN)

Presidente Guatemala,
Guatemala.

Uno mis súplicas a las de todos los poetas franceses. Es imposible que Guatemala, país esclarecido a quien estimamos tanto, asuma semejante responsabilidad, la de responder ante el universo pensante por la vida del gran poeta Chocano, honra de la América Española y que pertenece al mundo entero.

PAUL FORT

(*América Latina*. París, Junio de 1920).

SALUTACION A CHOCANO

SEÑORES:

CUANDO el Papa León X, don Juan de Médicis, entró por vez primera en su buena ciudad de Florencia, hubo regocijo pleno en la asamblea de los príncipes. Ya sabéis que todos los florentinos son príncipes. Los de primera y los de segunda, los que triunfaban en la intimidad de los Médicis, siempre magníficos, y los que saboreaban, en toda su amargura, aquella sal florentina que hizo decir a Dante: «*Fu fato il nido di malizia tanta*». Los de las academias y los anónimos: unos y otros se sintieron regocijados con regocijo pleno, porque entraba por vez primera, en su buena ciudad de Florencia, el muy noble y magnífico señor don Juan de Médicis. Y en la fiesta, pintores, escultores, poetas y humanistas, dijeron, cada cual, su palabra. Y se entusiasmaron los colores bajo el cielo azul de Toscana, y en las almas quedaron deshojadas las rosas de Anacreonte: «Cuando yo bebo vino». «Difícil no amar».

Y cuando Don Juan de Austria llegó a Venecia, oprimido por la gloria de Lepanto, hubo también regocijo pleno en la asamblea de los príncipes. Ya sabéis que todos los venecianos son príncipes. Los de primera y los de segunda; los que entraban y salían por los palacios de los Doria y de los Palivicini, y los que rezaban sus poemas ingenuos en el silencio de las piedras preciosas de la catedral formidable; los premiados y los rechazados; los clarísimos y los obscuros: unos y otros se sintieron regocijados, con regocijo pleno, porque acababa de llegar a la ciudad de San Marcos el muy noble y poderoso señor Don Juan de Austria, vencedor en Lepanto. Y en la fiesta, pintores, escultores, poetas y humanistas dijeron, cada cual, su palabra. Y en góndolas de Giorgione y de Tintoretto, pasaron almas bordadas como encajes; y corrió por los vestíbulos de mármol el dulce vino de Italia y Ticiano y Veronés cantaron misa de gloria en San Marcos el de las piedras preciosas.

José Santos Chocano está ahora en la muy noble y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de León; por eso, hay regocijo pleno en la asamblea de los príncipes. Ya sabéis que todos los leoneses somos príncipes. Si hubo ciudad más parecida a Venecia, en la gracia multicolor de las fiestas

y en la indolencia musical de las vidas que se deslizan como en una góndola, y en la divina ciencia de los amores profundos, yo no lo sé; si hubo ciudad más parecida a Florencia en el *dolce stil nuovo* y en la flora del talento y en las hogueras del odio donde se purifican, como en un crisol, las almas de los artistas, tampoco lo sé; pero sé y digo, que yo, que no soy de los que entran y salen por los palacios de los Doria y de los Palavicini; yo, que no soy de los que viven en la intimidad de los Médicis, siempre magníficos; yo, que soy un poeta ingenuo, de los que rezan sus poemas en el silencio de las piedras preciosas de San Marcos, no arrojaría hoy las flores de mi vida a la burla sabia de mis conciudadanos, si no estuviera entre nosotros José Santos Chocano. Chocano muy Don Juan de Médicis y muy Don Juan de Austria.

Muy Don Juan de Médicis. En los siglos XIII, XIV y XV, en las repúblicas italianas, se enciende cada vez más la fiebre del comercio. Y el dinero sube y sube en las arcas. Todo está preparado para la mañana del Renacimiento; oro y plata, seda y terciopelo, ébano y marfil. El Carnaval y los Cien cuentos han comenzado; no tardan en llegar Paolo Veronés y Giovanni Bocaccio. Pero también William Prescott en su «Conquista del Perú», nos deslumbra con los tesoros de los Incas, hijos del Sol. ¿Aladino, Aladino, no sabes dónde está la verdadera lámpara maravillosa? En Cuzco, la capital de los Incas hijos del Sol. Conciudadanos: me place en estos momentos ser el heraldo del muy noble y poderoso señor Don Juan de Médicis. Siempre que leo los versos de Chocano, me parece estar en el Louvre, contemplando la famosa colección de cuadros que pintó, para los reyes cristianísimos, Pedro Pablo Rubens. ¡Eso se llama pintar! Esta es la pintura de alto relieve, y con mayúscula, para los duques que montaban a caballo con espuelas de oro ilustradas en piedras preciosas. Así Chocano ¡eso se llama cantar! Esta es la poesía en tono mayor, para condestables renacimientos, equilibrados y robustos, que nada saben de la neurastenia de Giacomo Leopardi. No seamos fanáticos. Todas las cosas son muy bellas para los ojos bellos. ¡Tengamos ojos bellos! Hay poemitas de Stephane Mallarmé que tienen la misma endiablada geometría de las alfombras que adornaban la alcoba del sultán Schariar. ¡Dejadlo! ¿No son acaso muy bellos los tapices de Persia? Las baladas de Paul Fort, parecen árboles en flor ¡dejadlo!: ¡son muy bellos los árboles en flor! Los versos de Rodembach y de Maeterlinck tienen la tristeza de los árboles sin hojas en el pleno invierno. ¡Dejadlos!: ¡son muy bellos los árboles sin hojas en el pleno invierno! Los versos de Jammes y de Nervo son niños que nos miran con sus ojos claros y serenos. Y los versos de Chocano son como los presentes de los dioses en las moradas bien construídas de Alkinoo: cosas de la Ilíada y de la Odisea; sencillas, ricas y fuertes: caballos de hermosas crines, clámides, lechos labrados y cetros de clavos de oro. Ricos y poderosos, como los cetros de clavos de oro que llevaban en sus manos, Agamenón, Ojo de Perro y Aquiles, Pies Ligeros. ¿Los cetros de clavos de oro, ricos y poderosos, no es verdad que son muy bellos?

Y muy don Juan de Austria. El título de uno de los libros de Enrique Heine, «Intermezzo lírico», es muy significativo. Intermezzo, lo que media entre dos tiempos; así es la poesía lírica. Son muy raras las mañanitas en que tenemos la dicha de correr, con los pies descalzos, por el prado cubierto de rocío, y muy raras las noches en que tenemos la dicha de ver levantarse las estrellas. La epopeya, en cambio: ¡cómo tenía razón Job! *militia, vita*. La batalla de Lepanto bien pudo haber sido la última página de la Epopeya, desde el punto de vista fingido de las literaturas retóricas; pero las batallas de Lepanto siguen y siguen, desde el punto de vista verdadero de las literaturas vivas. La vida moderna, por muy Walt Whitman que ella sea, sigue siempre siendo fragante de Rolando y Mío Cid. ¿En la recién pasada guerra, no estuvo como siempre, a la cabeza de los Francos, en la batalla del Marne, el emperador Carlos de la Barba Florida? Y si el poeta es dos veces de América, y reza en el breviario de los Incas hijos del Sol y pinta en oro, en gules y en sinoplo la A mayúscula de Ayacucho y piensa en los hombres de ojos azules, «tantos millones de hombres hablaremos inglés», entonces comprendéis que todavía no han muerto los caballeros de la Tabla Redonda. Siempre que leo los versos de Chocano se me viene a la memoria la primera octava del Orlando Furioso:

«Le donne, i cavalier, l'arme, gli amori,
Le cortesie, laudaci imprese io canto,
Che furo al tempo che passaro i Mori
D'Africa il mare, e in Francia nocquer tanto»
. . . .

No seamos fanáticos: no hay líricos, ni épicos, ni dramáticos: sólo hay poetas. «¿Dadme la lira de Homero, mas sin las cuerdas sangrientas?» No es cierto: la poesía, la pintura y la música, las tres santas hermanas están sometidas a la divina ley del claro oscuro. Los que saben oír, oyen en los cantares de gesta, la blanda música del «Te bendecimos oh cigarra». Y en las odas anacreónticas, la música plena del cuerno de Rolando. Conciudadanos, me place en estos momentos, ser el heraldo del muy noble y poderoso señor Don Juan de Austria.

José Santos Chocano, muy Don Juan de Médicis y muy Don Juan de Austria, está ahora, en la muy noble y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de León: por eso, hay regocijo pleno en la asamblea de los príncipes.

H. A. Pallais
Presbítero.

(De *La Patria*. León, Nicaragua).

DOS PRISIONEROS

Dos prisioneros... que no lo son afortunadamente. Don Miguel de Unamuno condenado por delito de lesa majestad a diez y seis años de prisión no ha sido encarcelado todavía ni permitirá que lo sea, la juventud española; y José Santos Chocano, según las últimas noticias telegráficas, acaba de ser puesto en libertad. Sobre el primero hemos recibido del genial escritor francés André Suarès una carta que traducimos en esta página; y del maestro Chocano nos llega con un admirable ramillete de poesías inéditas, la hermosa y viril misiva que insertamos.

París, 19 de setiembre de 1920.

¿Es posible, querido señor, que los esbirros de Valencia hayan condenado a Miguel de Unamuno a diez y seis años de cárcel? Sin duda, son aun más ridículos que malvados y más dignos de risa que de menosprecio. Si no me engaño, Unamuno es bastante viejo. Una prisión, aunque sea corta, puede acabar su vida. Temo que su alma fuerte, libre y fiera, no la soporte. Un poder sin justicia y sin dignidad no pudo hacer cosa mejor que esgrimir contra un hombre noble las armas que su orgullo le prestara. No quiero indignarme; pero esta idea me enciende en cólera. Sé que no hay que ceder nunca ante lo que se desprecia: suframos la violencia si a ello se nos obliga; pero no la hagamos creer que la respetamos.

¿No piensa usted, querido señor, que sería preciso protestar virilmente contra un fallo tan vergonzoso y pedir a los escritores de Francia y de España que hagan suya la causa de ese hombre que honra a su país, a las letras, a la misma dignidad del pensamiento y de la pluma? Yo detesto y Ud. lo sabe muy bien, toda opinión que se manifiesta en público; huyo como de la peste de toda acción colectiva y los gritos siempre suenan a sinrazón en mis oídos. Pero aquí se trata de dar en la mejilla para hacerla enrojecer, a una autoridad tan mezquina como vil. Esas gentes son absurdas: creen defender a su monarca y van ellos mismos a colocar bombas bajo la letrina de la monarquía.

Siempre suyo, querido señor, con mi mayor afecto,

ANDRÉ SUARÈS

PENITENCIARÍA CENTRAL, Guatemala, 21 de setiembre de 1920.

Sr. D. Ventura García Calderón

París.

Querido compañero:

ACABA de llegar a mí un ejemplar de la *América Latina* correspondiente a junio. ¿Hablaré de mi agradecimiento? Creo que basta con que sepa Ud. y hágalo saber, se lo suplico, a cuantos figuran en ella en tan gentil actitud para conmigo!—el que conozco la página a mí consagrada en junio por la *América Latina*. Interesóme especialmente por el gran poeta francés y por el insigne periodista brasilero, aunque para todos y cada uno va mi espíritu.

Respecto a lo ocurrido, bástele a Ud. saber que—como manifesté a la «Asociación de Estudiantes Universitarios» de esta Capital, cuando intercedió en mi favor, a instancias de la Juventud Universitaria del Uruguay—«nada he hecho de que tenga que avergonzarme y nada he dicho de que tenga que arrepentirme».

No es del caso, ni lo será nunca para mí, discutir mi actitud: buena o mala, seguro estoy de que fué bella. Y ese minuto de siete días compensa en mi ánimo esta eternidad de siete meses...

Hago un esfuerzo para pagar a Ud. en la única forma propia: dé cabida en las páginas de su revista—muy *chic*—a versos míos. Le van algunos de los que he hecho últimamente y de los que he podido recordar; pues, entre otras cosas de menos valor para mí, como la libertad, he perdido—en la ocupación militar de la casa en que vivía—todos mis originales inéditos de los últimos siete años...

A propósito, quiero deber a Ud. un gran favor. A la casa Garnier escribí en tal sentido, sin que haya respondido aún. Cuando C. Santos González tenía a su cargo el departamento español de esa casa, envié a ella originales para la publicación de algunos volúmenes en verso. Indicación mía primeramente y la Guerra después, suspendieron la edición concertada. Quiero yo ahora que no se haga nada, y que mis originales queden como es natural a mi orden. No desisto de entenderme con Garnier, pero me urge el que el volumen denominado «Arte Vida» pueda, en un momento dado, volver a mí, porque pienso refundirlo en otros que estoy planeando. Suplícole y autorízole para que, en mi nombre, indique a Garnier que no edite nada mío hasta mi indicación expresa y que ponga el original en verso que tiene en su poder («Alma América» (Corregido) y «Arte Vida») a mi orden, con el fin de seguir un nuevo plan editorial que consulte otros originales míos con que deberé refundir todo aquél.

¿Y Francisco? Salúdelo con el afecto de siempre de su compañero y amigo

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Entiendo que su co-redactor el Dr. Barrios no está en París: mis buenos deseos para todos sus colaboradores, que con Ud. han obligado mi gratitud de por vida.

LA ORGULLOSA PIEDAD

Hermana mía, hermana: ruega en tus oraciones,
más que por mí, por todos los que sufrir me han hecho...
Al fin yo de mis horas de angustia, hago canciones.
El laurel de la frente me ha brotado del pecho...
Como Dios está en mi alma—¡piensa en la Santa Ira!—
no sé qué estrago hiciese con mis exaltaciones...
¡Mejor es que distraiga las manos en la lira,
como Daniel al verse cercado de leones!...

Ruega en tus oraciones a Dios, hermana mía,
por la lengua que miente y el dedo que señala,
por el dolor de Judas, por la hurañez sombría
de Caín, por la noche que va a espaldas del día,
por el Puño que en vano se crispa contra el Ala.
Ruega en tus oraciones por la Calumnia fría,
por la Traición enferma siempre de cobardía
y por la Envidia triste de rostro amarillento...
Ruega por los malvados. Tal vez, hermana mía,
eso que nos parece maldad... sólo es tormento.

Pobres los que sumiéronme en su lodo algun día;
pobres los que insultáronme ante la indiferencia
con que los vió el orgullo de mi melancolía;
pobres los que temblaron a mi sola presencia;
pobres los que arrastraron hasta mi Poesía;
pobres cuantos se callan mi nombre y su secreto
tiénenlo, en la conciencia sonando como un reto;
pobres cuantos pretenden violar mi corazón...
y sacarme los ojos para oir mi canción...
Hermana, hermana buena; yo tengo el alma llena
de algo que empieza en ira y acaba al fin en pena...

II

Yo que he sentido el mundo rodando, tal como es,
porque incesantemente rodó bajo mis pies;
yo que heredé el caballo de algún Conquistador,
o alguna móvil tienda de un indio cazador;
yo que debí en un tiempo de ser monje o soldado,
porque soy melancólico y fuerte como el Ande,
pienso que ya la infamia de los demás me ha dado,
con tantas pequeñeces, el derecho a ser grande.

Como estoy satisfecho de las persecuciones
y el laurel de la frente me ha brotado del pecho,
¡hermana mía, hermana, dale en tus oraciones
gracias a Dios por todos los que sufrir me han hecho!

JOSÉ SANTOS CHOCANO

(*América Latina*. París. Noviembre 1920).

EN UN RATO DE OCIO

INDOLENCIA? Sí, que no le duele a uno—*indolentia*,—y por eso no trabaja, porque el trabajo es pena. Pero ¿qué es trabajar y quién es el ocioso, ya que no el indolente? Se trabaja para no tener luego que trabajar, buscando el descanso; se corre para poder pararse. Hay quien va muy de prisa por ganas de acabar pronto y descansar, por ociosidad. El trago amargo del trabajo pasarle cuanto antes.

Un boceto es, dicen, fruto de cierta ociosidad; su autor no quiso acabarlo, redondearlo. Y un boceto es, sin embargo, en los más de los casos, algo más intenso, más concentrado, más denso que la obra acabada o perfecta. Es como una semilla. ¿No es acaso una bellota que contiene en sí a una encina, más intensa que ésta? Y más simple. De las bellotas sale la encina, pero de la encina sale también la bellota. Y hay una simplicidad inicial, de nacimiento, y otra final, de muerte. Que acaso es una misma.

«He escrito esto en ratos de ocio...», leéis, y al punto se os tiene que ocurrir: ¿de ocio?; pues si en esos ratos estaba escribiendo, no estaba ocioso, ni eran, por lo tanto, de ocio los ratos. Como no sea que escribiese sin pensar en lo que escribía, cosa que cabe. Y en los eruditos es frecuente. Otras veces el trabajo íntimo del pensamiento es tan intenso, que estorba al de la expresión. Y ésta es atropellada y queda en incipiente. Es como esas notas que uno escribe para sí mismo, en *taquilogía*, casi en cifra, y en una lengua interior, informe; en una lengua protoplasmática, que ni es prosa ni es verso, con una sintaxis de lenguaje interior. Sintaxis dinámica, no mecánica. Las expresiones no concluyen, pero es porque empiezan. Y todo va lleno de posibilidades y de promesas.

¿Ocio? La palabra escuela—*schola*—significó primeramente ocio. Y muchos aún no piensan sino en ocio. Lo que vale decir que no piensan. Son incapaces de ocio. Pues qué, ¿es tan fácil ser ocioso, vacar? «¡Cómo trabaja Juan!», le dijo José, admirado de lo que aquél trabajaba, a Pedro, y Pedro le replicó: «¡Claro!, no tiene otra cosa que hacer!...» Y Pedro, que pasaba por un vago, trabajaba, dentro de sí, más, mucho más que Juan.

¿Vago? Vago es uno que vaga, que anda de un lado a otro, un vagabundo. Y el vago trabaja, ¡vaya si trabaja! Trabaja en vagar. ¡Pues poco trabajo que es vagar de una parte a otra! Tal vez en busca de trabajo. Y el más penoso trabajo es vagar en busca de él. Y hay luego la extravagancia y la extravagancia. A esto le llaman meditación. «¡Meditación!», exclama con voz gangosa desde el púlpito el lector; apaga la vela y se quedan todos en silencio un rato. ¿Qué hacen? Intravagan, alguno extravaga, y hay quien se duerme. Y el dormir, ¿no puede ser también trabajo? Sobre todo si se sueña.

Una araña en acecho, en el centro de su tela, parece dormir, acaso soñar; ¡tan inmóvil está! Pero apenas cae una mosca, ya está sobre ella. Es que estaba más activa que una ardilla dando vueltas en una jaula. Que esto sí que es ociosidad de la mala.

¿Activos? ¿Contemplativos? Y eso, ¿qué es? Que la contemplación es una acción, no cabe duda; lo que no es tan claro, es que la acción sea contemplación. No cabe pensar el movimiento sin moverse en algún modo, sin que a uno se le mueva algo dentro; pero cabe moverse sin pensar en ello. El pensamiento es movimiento, aunque la idea no lo sea. La idea es la curva que expresa la forma de un movimiento. Y la parábola no es un cañonazo.

Pensar de prisa. Si el arado corre, no ahonda o ara en arena. ¡Claro!; pero no todo pensar es arar. Pueda ser disparar, acometer con bala. Y en casos, mejor que proyectil pesado e poca velocidad, proyectil ligero a gran velocidad. El trabajo se mide por el producto de la masa, por la velocidad. Un pensamiento de pequeña masa, pero muy rápido, puede atravesar enigmas o problemas en que se embota un pensamiento macizo, pero lento. Algo de esto es el ingenio. Una frase a tiempo, incisiva, rápida, atraviesa una doctrina mejor que veinte argumentos pesados armados de todas armas silogísticas.

Y luego hay lo de no acabar, lo de sugerir, lo de dejarle al lector u oyente que acabe él, o que cambie. No quiero los que me lo dicen todo, ni los que concluyen. Prefiero los que pasan por obscuros, porque me dejan que ilumine lo que dejaron en sombra.

Pensamientos se llama a los de Pascal. Y lo son porque no acaban, porque quedaron en semillas. Si hubiese podido acabarlos, redondearlos y sistematizarlos, serían ideas. Y lo dinámico es el pensamiento, no la idea.

Lo que se piensa en ratos de ocio... ¡Ni hay tiempo de hacer ideas!

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*. Madrid).

¿CONFUCIO EN NUESTRA CASA?

TENGO una gran devoción por la sabiduría china.

Y-King, Libro Sagrado de las Permutaciones; *Chou-King*, Libro Sagrado por Excelencia; *Chi-King*, Libro de los Versos; *Li-Ki*, Libro de los Ritos; y los *Sse-Chou*, Cuatro Libros Clásicos, son monumentos más firmes y más amplios que todas las pirámides y todas las catedrales; participan de la eternidad esencial del espíritu.

Khoung-Fou-Tseu (Confucio) y sus discípulos consideraban el gran objeto de la sabiduría, acaso su objeto único, el mejoramiento constante de sí mismo y de los demás; ante todo el propio, porque sólo podemos exigir que los otros mejoren cuando hayamos mejorado nosotros mismos.

Hace más de veinticinco siglos predicaban y practicaban la verdadera democracia. «Lo que el Cielo ve y entiende es lo que el pueblo ve y entiende. Lo que el pueblo juzga digno de recompensa o de castigo es lo que el Cielo quiere recompensar o castigar. Hay una comunicación íntima entre el Cielo y el pueblo. Que los que gobiernan estén atentos». «Obtén la afección del pueblo y obtendrás el imperio; piérdela y lo perderás».

Pero dentro del más exigente espíritu democrático no se confundía su verdadero significado como se le confunde y equivoca hoy.

Para *Khoung-Tseu*, las leyes morales y políticas que deben regir al hombre en su triple calidad de ser moral perfectible, miembro de familia y elemento social, son leyes eternas, expresión de la verdadera naturaleza humana, en harmonía con las leyes naturales; y que, por lo tanto, sólo pueden ser comprendidas, aplicadas y enseñadas por los hombres que son la más alta expresión de esa naturaleza humana, aquéllos que por la cultura moral de su alta inteligencia se han hecho dignos de ser los guías de sus semejantes.

«Gobernar es cumplir religiosamente un mandato celeste en beneficio de todos; una grande y noble misión confiada al más virtuoso y al más digno y que le será retirada desde el momento en que el mandatario falte a su mandato». «Gobernar es realizar las leyes eternas de la felicidad humana; sólo

las más altas inteligencias, aplicando incesantemente todos los instantes de su vida, son capaces de conocer y de enseñar, es decir, de gobernar».

Hoy, gobernar es explotar las pasiones y los esfuerzos del mayor número en beneficio exclusivo de unos cuantos politiqueros; gobernar es una sucesión de actos al alcance de todo el mundo, en los que cualquiera puede tomar parte como la cosa más trivial y más vulgar, para los cuales no hay necesidad de ninguna preparación intelectual y moral.

Y como el Oriente va «occidentalizándose», cuando menos de vestimenta, llegué a creer que los chinos habían perdido también el maravilloso equilibrio moral fruto de aquellas enseñanzas.

De ese error vino a sacarme la prensa mundial publicando el Mandato del Presidente *Feng-Kwo-Chang*, 6 de febrero de 1918.

«Me he examinado y me encuentro muchas faltas. He nombrado funcionarios sin examinar cuidadosamente su conducta: soy culpable de falta de conocimiento de los hombres. Ofrecí condiciones fáciles para complacer los deseos populares: carezco de previsión. Mis esfuerzos para salvar de la miseria han traído mayor miseria; mis esperanzas de aclarar la situación han traído mayores confusiones. La tolerancia produce los resultados que menos se desean, por lo que no puedo hacer que los otros crean en mi sinceridad. Soy demasiado débil para la carga y no puedo escapar de la vindicta pública por ser culpable en muchos sentidos».

¿No os parece que tan elevada modestia y tal respeto al bien general eran para llenar de admiración, sobre todo en aquellos días en que los grandes estadistas occidentales sólo se preocupaban de exhibir sus propias habilidades y méritos personalísimos?

Pues esa admiración no se compara con la pasmosa sorpresa que me ha causado una nota reporteril de últimas fechas. (Suprimo nombres, aunque de sobra merecieran ser impresos, para evitar la más remota apariencia de ironía).

—«¿La Jefatura de Operaciones quedará establecida en C...?—preguntamos al general T...

—«Sí; sólo tendré en lo sucesivo el mando militar de esa entidad. Pedí al señor Ministro de la Guerra que me releve del mando en los otros Estados, porque *carezco de capacidad para desempeñar tan importante cometido...*»

¿No sería una ilusión o una inconsciente generosidad del repórter?

Si la noticia es cierta, habrá sido la primera vez que en México alguien se haya tomado el trabajo de medir sus capacidades cuando se trata de mandar y de que se le obedezca; al menos la primera vez que haya llegado a mi conocimiento.

Y si el ejemplo cundiera, si cada quien emplease en el descubrimiento de sus deficiencias siquiera el cincuenta por ciento del empeño que de ordinario ponemos en la valorización de nuestros merecimientos, este país estaría salvado!

¡Cómo queréis que no me haya pasmado la gratísima sorpresa de este suceso extraordinario!

Aquí tenéis a un general que se acerca a la sabiduría por el camino infalible de la modestia; como conoce sus deficiencias, ha de procurar mejorarse constantemente y pronto podrá procurar el mejoramiento ajeno; es un demócrata verdadero, que comienza a darse cuenta exacta de lo que se necesita para gobernar; y acaso llegará el día en que la cultura moral de su inteligencia lo haga digno de guiar a sus semejantes.

¿El noble y vigoroso espíritu de *Khoung-Fou-Tseu*, tras un vuelo de dos mil quinientos años, estará batiendo sus alas cabe el azul inmaculado de nuestro cielo?

¡Dios quiera que así sea y que aquí se detenga y que forme su nido entre nosotros!

JOSÉ CASTILLO, Jr.

(*Revista de Revistas*, México).

A ORILLAS DEL ESCALDA

Oficina de Estudios contra el alcoholismo

Al Dr. FRANCISCO TOMAS MIRÓN. San Salvador.

VA a ser medio año de haber venido a este reino, y aún no hemos visto, ni en Bruselas, ni en Amberes, un sólo ebrio en la calle.

Además, puede decirse que en Bélgica impera el estado seco. En ningún café, restaurant, hotel, se sirven licores fuertes. A lo más, vermú.

La gente sólo toma cerveza áurea y barata, mientras lee los diarios, espera tranvías, oye música o ve pasar el incansable desfile de los que van y vienen parándose frente a las vitrinas tentadoras.

La costumbre es ir a un café con orquesta, pedir un bock pequeño, sentarse y tomar la cerveza a sorbos paleados, poniendo entre sorbo y sorbo un cuarto de hora de suave charla.

Sin embargo, las supremas autoridades del país no se hallan satisfechas y no descansan en su campaña antialcóholica.

Bajo la dependencia de tres Ministerios se ha establecido en la capital, una Oficina Central de Estudios contra el Alcoholismo. Es una comisión consultiva del Gobierno.

La Oficina tiene por objeto:

1º—Investigar los medios que aseguren la estricta aplicación de las leyes sobre el régimen del alcohol.

2º—Estudiar las medidas complementarias que se deben tomar para combatir más eficazmente el alcoholismo.

3º—Estudiar todas las cuestiones que se relacionen con el alcohol para facilitar su empleo en cosas útiles o industriales, y prohibir el uso del alcohol en todo lo que pueda perjudicar la salud física y moral de los hombres.

Dicha Oficina Central belga está compuesta de quince miembros como máximum, de los cuales uno es presidente y otro secretario por elección oficial.

Una comisión oficial así, integrada por personalidades científicas y entusiastas luchadores contra el alcoholismo, podría resolver en gran parte el problema de ese peligro nacional. Porque para nosotros la cuestión no está en decretar el estado seco. Las leyes no tienen poder mágico. Sería bueno que se diera una ley de tal naturaleza. Pero mejor, creemos, sería que se industrializara el alcohol de tal manera que su empleo como bebida embriagante fuese casi menos que imposible. Y esto es lo que se debe pedir y esperar de nuestros hombres de ciencia.

JUAN RAMÓN URIARTE

Primeros días de diciembre de 1920.

VISIONES DEL BRASIL

I

OLINDA

OLINDA, vieja ciudad a quien ví en un atardecer de julio, toda vestida de tristeza. Soñé, mirándote casi envuelta en la noche, con tus conventos solitarios cubiertos de parásitas, con tus casas caducas exornadas de azulejos, con todas las antiguas cosas que guarda tu recinto.

En un tiempo muy vago, muy lejano, fuiste una florida capital, alegre residencia de nobles damas y valientes hidalgos. Muchos frescos retoños del jardín lusitano crecieron vigorosamente bajo tu sombra: Y junto al mar sonoro, bajo el límpido cielo, brillante en remotas épocas. Hoy apenas existes y te asemejas a esas inválidas octogenarias inmovilizadas sobre los sillones desteñidos. Todo dentro de ti parece muerto. Por tus calles, a la hora del ángelus, apenas se ve un transeunte claudicante, y tus conventos, llenos en el dulce antaño de lindas monjas, semejan enormes mausoleos. Yacen en los cementerios, bajo las bóvedas de las iglesias, convertidas en polvo, las jóvenes monjas de blondas cabelleras y de ojos castaños... Las monjas de talles ligeros, que cantaban con voz de cristal, los graves psalmos litúrgicos; y que tenían las manos muy blancas y los labios muy rojos...

Pasaron los años, pasaron los siglos...

Olinda, vieja ciudad, a quien ví en un atardecer de julio toda vestida de tristeza...

Pernambuco.

II

RUA DO OUVIDOR

RUA do Ouvidor, calle de las sedas, de los terciopelos y de las pedrerías deslumbradoras... Rua de ilusión, espejeante y majestuosa, llena de frágiles cristales y de telas que son telarañas de fábula...

Rua do Ouvidor, centro de las elegancias, poblada de levitas negras y de ligeros corpiños... Lugar de citas, de amor o de negocio, en donde las manos se estrechan rápidamente y las palabras son fugaces... Rumorosa colmena humana, exhibición brillante de banalidades, de objetos de lujo y de placer... Calle de la moda.

Pasa, taconeando nerviosamente sobre la acera, una esbelta dama de aspecto imperial. En su alto sombrero fulguran escarabajos tornasoles y lucen vivas rosas. Cruje la seda a su paso, que es un pausado ritmo. Con su breve monóculo examina fugazmente los escaparates metálicos. Prosigue luego su marcha, sonriendo ante los saludos, segura de su belleza. Calle do Ouvidor... Calle do Ovidor...

Un Shylock anquilótico, metido en un chaquetón de paño, dialoga con su avaricia frente a un complicado mostrador de inverosímiles bagatelas; y un mozalbete de extraña figura, con un enorme crisanthemo en el ojal y en la diestra un bastoncín de caña, mira con soberano desdén, sin un reis en el chaleco, el muestrario de un gran bazar, en donde cada objeto efímero vale un saco de oro...

Pasa la jovencita que viene de la escuela. Viste un traje de claro matiz, de gracioso corte, de tela económica; y lleva sobre la vivaz cabeza de pájaro, como una concha de gasa, un sombrerito que es un primor... Pega la cara de rosa a los diáfanos cristales de las joyerías. Y en sus ojos fulgen las luces del deseo ante las gruesas gotas de rocío de los diamantes y los granos de granada de los rubíes. Se estremece mirando las amatistas, que son cristalizaciones de violetas, y quédase inmóvil ante los celestes zafiros, ante los ópalos áureos y las perlas bermejas; ante los diamantes negros que parecen pupilas africanas, y ante las esmeraldas que son ojos de sirenas. Los brazaletes exóticos, los anillos raros, los collares de coral, apenas atraen sus miradas, que se clavan sobre la piedras de colores, yacentes en los estuches carmesíes...

La chicuela se aleja inspirando, todo trémulo su cuerpecillo de doce años...

El desfile continúa en la calle deslumbrante... Y los pálidos anaqueles siguen atrayendo a las mujeres, deliciosas y banales criaturas, a quienes enloquecen las fútiles cosas que brillan... Como pupilas de pecado, las gemas tentadoras siguen turbando a las jóvenes que pasan...

Una morena sueña con un rubí, una rubia con un zafiro: y quizás mañana, impelidas por su efímero anhelo, vendan el caliente rubí de su boca y el zafiro de sus ojos, por una piedra fría, por un mísero cristal.

Río de Janeiro.

FROYLÁN TURCIOS

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

EL PROBLEMA DEL CARIBE Y LA "LEAGUE OF FREE NATIONS"

James Weldon Johnson barre con argumentos contundentes todas las teorías intervencionistas

El Doctor Henríquez y Carvajal improvisa en francés un elocuente discurso

El día 4 de los corrientes se efectuó en el Hotel Commodore, de Nueva York, una importante reunión bajo los auspicios de la «League of Free Nations Association», con el fin de discutir ampliamente la cuestión del Caribe.

Presidió la reunión el Doctor William R. Shepherd, de la Universidad de Columbia. A su derecha tomó asiento, por invitación especial, el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente de derecho de la República Dominicana.

El Doctor Shepherd abrió la discusión con un discurso ameno en el cual presentó el tema que se iba a examinar en todos sus aspectos. Definió las condiciones políticas de todos los países del Caribe, habló de las distintas interpretaciones que se le ha dado en los Estados Unidos a la Doctrina de Monroe y terminó declarando que todo podía reducirse a esta sola frase: «Much Dissappointment» (Mucho desengaño).

Siguió al Doctor Shepherd en la palabra, el señor D. Lathrop, quien hizo un cuadro sintético del estado sombrío de la República Haitiana. Luego habló el Doctor Gray, Secretario para la América Latina de la Iglesia Protestante Episcopal. El evangelista dijo que la ocupación norteamericana en Santo Domingo y Haití la justificaban la falta de faros y de estaciones cuarentenarias en las costas de ambos países.

Una sonrisa irónica provocó el discurso del Reverendo.

•

Habló enseguida Mr. James Johnson, Secretario de la «Association National» para el adelanto de la gente de color.

Con lógica contundente desbarató los argumentos de los partidarios de la intervención. Demostró que todos estaban viciados de ligereza y de parcialidad, probó que los crímenes de la civilización eran más salientes y abominables que los que se imputaban al supuesto estado de barbarie de las naciones del Caribe. Dijo que la intervención norteamericana no había hecho sino exagerar los vicios y las violencias de que se acusaban a los nativos; describió los atropellos y las crueldades cometidas bajo la egida de la bandera norteamericana, se refirió al sufrimiento callado de los nativos, a sus esfuerzos por escapar del régimen de oprobio, y afirmó que tanto los haitianos como los dominicanos que habían protestado de esas infamias con las armas en la mano, y que por lo mismo se les había denominado «bandidos», habrían sido calificados por los hombres del 76, en los Estados Unidos, de patriotas.

Una salva estupenda de aplausos ahogó las últimas palabras del orador.

Tocó entonces el turno al Doctor Henríquez y Carvajal, a quien presentó el Doctor Shepherd como «el hombre a quien el pueblo dominicano consideraba su Presidente legítimo». A petición de una gran parte de los oyentes, el Doctor habló en francés, con soltura y elegancia. Expuso a grandes trazos la historia de la República Dominicana, sus persistentes ideas, sus pasajeras desgracias, sus nobles tradiciones culturales, sus esfuerzos y conquistas penosas en las sendas del progreso, inspirado siempre su pueblo en los principios de las revoluciones francesa y norteamericana, cuyas instituciones había tratado de imitar. Recabó con energía el derecho inalianable de la República Dominicana a la independencia que había conquistado en dos guerras sangrientas, e interpuso su asombro doloroso al ver esa independencia atacada hoy por el pueblo amigo cuyas tradiciones había mirado con respeto.

El Doctor terminó su discurso expresando la confianza que el pueblo dominicano tenía en el espíritu de justicia y rectitud del pueblo norteamericano de cuya virtud esperaba la restitución completa de su legítima soberanía.

El público, francamente ganado por la sencilla y austera personalidad del Doctor Henríquez y Carvajal, le tributó una cordial ovación. Luego hizo una brillante traducción del discurso, al idioma inglés, el joven dominicano René Fiallo.

El acto terminó con sendos discursos de Mr. Harry Frank, conocido conferenciante, y de Otto Schoenrich, este último muy conocido en la República Dominicana por su libro intitulado «Santo Domingo» que se publicó en Nueva York hace poco.

Mr. Schoenrich, abogado notable, censuró duramente la intervención de los norteamericanos en el Caribe y la manera cómo la realizan. Protestó de las violencias cometidas tanto en Haití como en Santo Domingo y estableció la diferencia que existía entre uno y otro pueblo.

La reunión termino con algunas citas hechas por personas del público que tomaron la palabra por breves minutos, encaminadas a demostrar la falta de sinceridad de las teorías imperialistas.

Manuel F. Cestero

H. Flores Cabrera

LA NOTA BIBLIOGRAFICA

EL ROSAL DEL ERMITAÑO

Rafael Heliodoro Valle, autor de este opúsculo interesante, pleno de filigranas de estilo, es en la actualidad uno de los primeros escritores centroamericanos. Este librito primoroso y fragante lo demuestra de muy cumplida manera. Escrito hace nueve años, en plena edad juvenil, revela ya la posesión de un estilo muy personal apto por entero para interpretar y expresar cosas muy íntimas y variadas de la sensibilidad y de la mente. No es en ningún caso inclinado a dar robusta expresión pictural a sus imágenes; los colores fuertes no le seducen; huye de ciertos desbordamientos determinados generalmente por impetuosas rebeldías del sentimiento. En estas páginas se palpa a cada instante la tendencia a diluir su potencia imaginativa en tonalidades pálidas, suaves, en algo que parece no romper nunca cierta armoniosa combinación de colores y matices propios en un todo a la expresión serenamente artística de muy acentuados estremecimientos subjetivos. En Rafael Heliodoro Valle se advierte el temperamento de un escritor de raza muy capaz de elevarse a ciertas alturas por muchos ambicionadas y sólo una que otra vez con esfuerzo muy penoso conseguidas.

Estas cortas narraciones son cuadritos descriptivos de verdadero mérito. Son positivamente amenos. Pero, para mí, su principal valer no está en los asuntos a que se contraen sino en la forma de expresarlos cuajada de refinamientos y matices. En ella parecen irradiar gemas preciosas. Las imágenes, parecen deslumbramientos. En este escritor hondureño hay que admirar por encima de todo al estilista.

FEDERICO GARCÍA GODOY

(La Vega. Rep. Dominicana).

LIRA (Carmen): *Los Cuentos de mi tía Panchita, (Cuentos populares recogidos en Costa Rica).*—García Monge y Cía. Editores. San José, C. R., 1920.—1 vol. in 16º de 118×75. 159 ps.+una de índice.

HE sido favorecido por el Editor con un ejemplar de este precioso librito, una de las más apreciables contribuciones al folklore hispanoamericano publicadas hasta ahora en el importante capítulo de los cuentos populares.

Carmen Lira (¿tal vez un seudónimo?) que ha escrito estos cuentos tomándolos, según todo lo demuestra, de la tradición oral, ha adoptado en sus transcripciones el lenguaje popular, con lo cual suministra un documento de gran valor al filólogo que quiera estudiar la pintoresca evolución que en el transcurso de los años ha experimentado el castellano en una de las diez y ocho repúblicas del continente americano nacidas en las regiones en que los españoles implantaron su idioma.

La colección consta de 16 cuentos lindamente referidos en el estilo sencillo y llano con que el pueblo los relata; y, como es natural, casi todos son de procedencia española, que es como decir que pertenecen al folklore universal. Al recrearme leyéndolos, he tropezado con más de un conocido, aunque adornado de diferente ropaje y algo disfrazado por las variantes que las costumbres, distintas de las nuestras, la influencia del indígena y el ambiente general del país han introducido en ellos. Tales son: *La Cucarachita Mandinga*, págs. 24, que corresponde a nuestra *Hormiguita y Ratonpérez; Salir con un Domingo siete*, p. 33; *La Flor del Olivar*, p. 40, que tiene partes de *El Lirio blanco* y de *La Flor del Lirilá; La Mica*, p. 46, que es más o menos *La Sapita encantada, El Tonto de las Adivinanzas*, p. 63, es *La Reina Adivinadora; El Castillo de las Torrejas*, p. 82, que viene a ser *Los Niños Abandonados; La Negra y la Rubia*, p. 100, igual a *María Cenicienta; El Pájaro Dulce Encanto*, p. 140, que es *El Pájaro Malverde*, etc., etc.

Voy a permitirme ahora hacer una corta observación a la obrita de que doy cuenta, observación que por cierto en nada aminora su mérito.

¿Es útil a la mayoría de los lectores, inclusos los folkloristas, que una colección íntegra de cuentos, como la que nos ocupa, se transcriba en el lenguaje en que los cuentos se refieren? ¿No bastaría que esto se hiciera con uno solo, para dar una muestra de la lengua del pueblo, como se ve en los *Contes populaires de Lorraine*, de Cosquin, y en otras obras? El sistema de la transcripción dialectal en toda la colección tiene el inconveniente de que el lector a cada paso tropieza con la dificultad de interpretar debidamente lo que lee, pues el texto suele encontrarse, como ocurre en el caso actual, literalmente empedrado de voces, expresiones y frases que no siempre le serán conocidas, aunque el significado de la mayor parte—no de todas—pueda deducirlo del contexto de la narración, sobre todo si es medianamente conocedor de los vocabularios de americanismos. Este inconveniente tiene que ser mayor aún para el lector europeo que no haya vivido algún tiempo en Costa Rica aunque posea el *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica* de Gagini, 1893, pues siempre se encontrará con numerosos vocablos, expresiones y frases que no registra aquel libro, sin contar con las formas verbales, aumentativas y diminutivas peculiares de aquella república, que difícilmente pueden hallarse en un Diccionario.

Y terminamos agradeciendo muy sinceramente al señor Monge el ejemplar con que se ha servido obsequiarnos; y deseando que al hacer una segunda edición—que esperamos sea pronto—la avalore agregando al fin, un vocabulario que enseñe al que no lo sepa, el significado de las voces y expresiones que figuran en los *Cuentos de mi tía Panchita* y no aparecen en los léxicos castellanos. Y esté seguro de que muchos se lo agradecerán.

RAMÓN A. LAVAL

(De la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Santiago de Chile).

FRAGMENTO

ME dice Ud. que se enmonta la huerta que en otros días cultivábamos juntos. Veo desde acá la mala yerba. Pero es irremediable que crezca. Así sucede con todos los terrenos incultos, sólo que allí los ignorantes entendidos diseminan la mala yerba y la protegen, porque eso es protegerse a sí mismos. No entienden la abnegación de las ideas. Ellos se imaginan que si Ud. defiende una más alta tendencia que ellos llaman nuevas ideas es por espíritu de novelería o porque tal es su última lectura. No podrían comprender, por ejemplo, la lucha de un ideal contra un amor propio que se libraba en mí—probable es que en Ud. también—cuando al dar forma a los nuevos programas me venía el recuerdo vivo de aquellos esfuerzos de 1907 realizados en común y de aquellos otros de 1903. Para halagar mi amor propio habría podido dar cuerpo a las ideas que en diferentes ocasiones había expresado, diez y quince años atrás. Habría parecido entonces un hombre consecuente consigo mismo, construído de una sola pieza. Preferí, sin embargo, posponer tales halagos a un ideal educacional construído en sus líneas de detalle para Costa Rica, en sus líneas fundamentales para cualquier país civilizado del mundo. Es esencialmente humano. Y me hace sonreir esa inocente idea de que los programas responden a las ideas nuevas acerca de la educación. Como si las llamadas ideas nuevas no fueran otra cosa que más próximas aplicaciones de los más antiguos y más sólidos principios de la filosofía humana. No hay un hombre de entendimiento claro o de intensa cultura que no se sienta en la necesidad de ir a buscar las nuevas ideas, las más frescas inspiraciones en los antiguos escritores de viejas civilizaciones. La misión de la Raza Blanca es la de desenvolver todos los poderes ínsitos en la naturaleza interna de su ser, en particular las diversas fuerzas de su mente. Los principios por seguir hace siglos y siglos que existen, pero suelen olvidarse o aplicarse erróneamente. Los mejores intérpretes de la Raza son los que mejor expresan un aspecto cualquiera de esos principios existentes desde antaño.

Toda idea nueva es una reciente flor del mismo árbol en perpetua primavera que es la antigüedad. Esos programas nada mío tienen: todo es antiguo, todo es esencialmente humano. Ya ha podido ver usted que ninguna de las críticas hechas a esos programas ha conmovido, ni siquiera descubierto el fondo. Todas se han quedado en el brocal del pozo, sin arrojar el cántaro a las aguas profundas, contentos los

autores con enumerar los musgos o las lamas asomados entre las grietas de las piedras del brocal. Déjelos usted que se vayan a la reacción. Usted y yo hemos amado mucho a ese país para no dolernos de todo paso atrás. Mas ahora la diferencia entre usted y yo es que usted continúa sufriendo de cerca esa infantil incomprensión de ciertos hombres, la mal contenida malevolencia de aquellos otros, la indocumentación de sedicientes amigos, y yo les miro desde lejos, movido a piedad, seguro de que si comprendiesen el ideal humano, el ideal nacional y los propósitos inmediatos de esa obra, aun llevando mi nombre, la acogerían con fe.

R. Brenes Mesén

(De una carta del Editor del Repertorio).

LA EDUCACION DEL PUEBLO

En opinión del doctor Jorge Kerschenstein, el problema fundamental de la escuela debe ser la educación del pueblo, como lo afirma en un estudio publicado en el *Internationale Wochenschrift*.

Todas las naciones civilizadas han comprendido ya que la conservación de los derechos adquiridos, de voto, reunión y prensa, depende de una bien entendida cultura popular.

Precisamente, a causa de la falta de preparación del pueblo, estos derechos manifiestan una influencia contraria a la aglomeración popular, una influencia disolvente del Estado, a tal punto, que ocurre pensar, si en el interés de la unidad del organismo popular y, por consiguiente, del Estado, no sea preferible renunciar a aquellos derechos.

Ahora bien; el remedio a esta tendencia disgregadora de la civilización moderna, Kerschenstein, lo encuentra en la civilización del pueblo.

«El fin ideal de toda cultura,—dice—es una sociedad compuesta de personas en lo posible independientes, armónicamente desarrolladas y moralmente libres. Ocurre, pues, una educación nueva y libre, desvinculada de toda secta o fracción, que produzca espontáneamente un nuevo y potente espíritu de cohesión popular».

Con dos medios—según él,—se puede obtener ese fin: uno preparatorio, la escuela, y precisamente la escuela verdaderamente popular; el otro complementario, la organización de la vida pública.

En uno y otro medio se trata de una aplicación cuantitativa, en proporciones vastísimas, de esa forma de educación que se manifiesta en el espíritu de la familia, es decir, en la cohesión espontánea y en la grata y voluntaria participación al trabajo común. La escuela no debe estar basada en el principio del trabajo individual aislado, sino en el trabajo en beneficio de los demás y en común con los demás. Como ha dicho el filósofo americano John Dewey, cada escuela debe ser un embrión de vida y de trabajo, con tales ocupaciones que se refleje la vida de la sociedad grande; una comunidad saturada de espíritu de mutua ayuda, que prepare una vida social digna, honorable y armoniosa.

En la actualidad, el principal deber de la escuela, parece ser el desarrollo de la persona en particular, la instrucción intelectual y la capacidad técnica del alumno. Y, por esto mismo, poco o ninguno es el valor social de la clase. De aquí, las tendencias egoístas en los más. Faltan el sentido moral, la conciencia de la responsabilidad y la simpatía hacia los demás, que se llama altruísmo.

Ahora, la educación debiera guiar y organizar a la gran masa para sentir en común, sin prejuicios, la gran alegría del trabajo, para hacernos útiles a los demás como a nosotros mismos, y vivir así en correspondencia de leales sentimientos con nuestro prójimo, físicamente semejante a nosotros, y, moralmente susceptible, como nosotros, de perfección.

Se trata de encontrar la forma, con oportunas medidas prácticas, de transformar la satisfacción de lo que se hace, de personal y egoísta en colectiva y social. El más bello ejemplo nos lo da la familia: Cuando no existían escuelas, el crecimiento de los hijos en las mismas ocupaciones de los padres, fué el principal factor de saber y de la moral. Y de ahí salieron aquellos hombres honestos, leales, rectos y fuertes que en el medioevo fueron el nervio de las libres ciudadanías. La felicidad común del trabajo era el elemento fundamental de la educación popular.

En conclusión, se trata de aplicar al actual sistema escolar un organismo que cree este placer común del trabajo, y lo vivifique con el afecto que es bondad, con el pensamiento que es calor de fe y de labor por el progreso social, por la armonía y la cultura de los pueblos.

B. Connetta Manzoni

(*El Monitor de la Educación Común*. Buenos Aires).

EL ARABE PALIDO

El árabe pálido de los ojos de eternidad extrajo de una mesa de sándalos un pergamino amarillento, y me dijo con voz grave:

—En recuerdo de la hora en que tú y yo nos encontramos en el rodar de los tiempos, podría darte algún objeto mágico, un amuleto simbólico, un perfume milenario... Pero veo que tu alma revuela serenamente sobre las cosas inmortales y espera de mi sabiduría un supremo milagro. Ofreceré a tu espíritu, amargado por el tedio, y conocedor sutil de los secretos del Arte, del Dolor y del Amor, la arcana *Leyenda del Olvido*, que Omar Khayyam de Naishapur escribió con su sangre en una noche de trágico horror, hace ochocientos años. Fuera de su discípulo Khvajeh Nizaim de Samarcanda, sólo yo conozco, por un azar extraño, este poema estupendo de sobrehumana armonía y de dolor incocebible, ante el cual palidecen las profundas estrofas de los *Rubayatta*. Pero oye ¡oh amigo de la remota América, que has venido a visitarme en este momento crepuscular en que la inmortal Toledo parece resplandecer con las melancólicas luces de su pasado magnífico! Después de que conozcas esta página única sentirás una tristeza desconocida que ni la muerte logrará extinguir.

Y me leyó, marcando intensamente las sílabas melódicas, su traducción del asombroso canto en que solloza la angustia en la lejanía de los siglos.

¡Oh árabe pálido, descifrador de números divinos! Desde aquella tarde imponderable del final de septiembre, todas las ideas y nuevas formas de expresión de los grandes maestros del Estilo me parecen inarmónicas y vanas... Fantasmas de pensamientos, sombras de palabras.

Toledo, España, ocbre., 1920.

Froylán Turcios

Himno a la Alegría

A don ALBERTO MASFERRER

¡Oh! Alegría,
que posees el don de trasformar los dolores del hombre
en bendiciones y sus quejas eternas en cantos.

¡Oh! Alegría,
que derramas sobre la tierra triste y doliente
la luz de un sol claro de abril,
y haces que las praderas lánguidas
se adornen de felpa fina y de florecillas menudas
y de fragancias.

¡Oh! Alegría,
que vagas furtiva en las noches
al compás del ritmo gracioso
de tus ajorcas de oro,
y derramas sobre las sedas de las enamoradas
el vino de tus ensueños y de tus goces
y sobre sus cabelleras
el polvo de zafir de la luna.

¡Oh! Alegría,
madre propicia de besos afortunados,
de misteriosas palabras mágicas,
de sollozos y de risas y de quejas amantes.

¡Oh! Alegría de los grandes hombres que sufren,
Alegría de Miguel Angel;
de los gloriosos conquistadores de la mente
y de los hijos eternos del espíritu.

¡Oh! Alegría eucarística del Evangelio
y de los poemas de amor indio.
Alegría de los viejos ingenuos
que dicen en palabras sollozantes
sus antiguos recuerdos.

Alegría inocente de los niños,
audaz alegría de los adolescentes
que manejan temerarios y triunfadores
el carro alado del porvenir.

¡Oh! Alegría del mar que salmodia
el poema del universo.
Alegría de la montaña que florece,
Alegría de los jardines abandonados,
Alegría infinita de las cosas
que reflejan en nuestro corazón de hombres
la Alegría de Dios.

RÓMULO TOVAR

Nicaragua Lírica

León
es el són,
la armonía entre cuerda y metal,
la bullente emoción,
la embriaguez musical
de una augusta y solemne canción.

Y Managua
es el cántaro de agua
que va encima del hombro gentil
de una virgen, en cuyo perfil
estremécese el corte sutil
de un ritual medallón de marfil.

Y Granada
es la poma rosada
que, por mano de nieve arrancada
al viejo árbol del bien y del mal,
va ofreciendo, cual miel el panal,
en bandeja de fino cristal,
su color, su sabor, y su olor oriental.

Y Masaya
es la orgía de flores,
que una virgen indígena ensaya,
recogiendo en su azul delantal
cuantas piedras preciosas de vivos colores
derrama la rama cimbrándose a modo de un arco triunfal.

Nicaragua es la lira de oro,
a cuyo celeste gobierno sonoro,
diez lindas ciudades, en lánguido coro
van, de uno a otro lago, danzando al redor...
«Es un aire suave de pausados giros...»
canta Rubén. Y entre besos y suspiros,
danzan las ciudades, trémulas de música y locas de amor.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

(*El Fígaro*. Managua, 16-XI-20).

PENSAMIENTOS Y FORMAS.—NOTAS DE VIAJE

Por ALBERTO MASFERRER

Acaba de publicar el señor García Monge tan precioso librito en las EDICIONES DE AUTORES CENTRO AMERICANOS. Búsquelo en la Librería de TORMO. Precio: ₡ 1-25. 128 páginas de lectura saludable.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.